

te, si yo era antes un hombre desequilibrado y caótico que estuvo en borrador, hasta que tú, con tu habilidad, me pusiste en limpio, definiendo mis pasiones?...

Y tras aquellas frases vinieron muchos besos y una posesión delirante, que la dureza del suelo hizo más rabiosa: ella, en el paroxismo del deleite, suspiraba con estertores agónicos, mientras él saciaba su pasión con las piernas rígidas y los brazos abiertos, como si, estimando que el cuerpo de una mujer era incapaz de resistir su pasión, quisiese gozar a la Tierra y engendrar nuevos mundos en aquel abrazo supremo... Después, ya más tranquilos, continuaron besándose llenos de mutua y voluptuosa gratitud.

—Chico, ¡qué bien!...

Claudio la miraba gravemente y como en sueños. Hubo una pausa: luego, domado el carnal deseo, Matilde Landaluce se levantó asustada.

—Me voy — murmuró —; tengo un miedo espantoso, ¿eh?... Adiós, bien mío...

El pintor no se movió.

—Y, ¿hasta cuándo?—dijo.

—Ven mañana a la misma hora, y veremos lo que sucede... Ea, adiós, adiós..

Y echó a correr, recogiendo las faldas para no pisárselas; torció un poco a la izquierda, sorteando los accidentes del terreno y esfumóse entre las sombras: luego Antúnez la vio reaparecer junto a la verja, con su faldita de percal y su chaquetita roja, y abismarse en las tinieblas del jardín sin volver la cabeza.

Entonces Claudio atravesó la explanada y ganó la carretera, dirigiéndose hacia Madrid. Caminaba con las manos metidas en los bolsillos de la blusa y los ojos bajos, saboreando su flamante aventura, y meditando en su cita próxima, en las palabras de Matildita, la chispeante y soboncita ti-

ranuela de su albedrío, en cuyos brazos hubiera deseado generar un mundo donde poder vivir después con ella; en el aburrido amor de Amparito Guillén y en mil recuerdos más, concatenados con estos términos extremos de su discurso, y que iban produciéndole indefinible quebranto.

Los primeros resplandores matutinos le alcanzaron en la Glorieta de Quevedo; las calles estaban limpias, oreadas por el fresco vientecillo del amanecer; se detuvo un instante junto a la farola y miró hacia atrás: la calle de Bravo Murillo se extendía en línea recta, entre dos filas de árboles; a lo largo de ella brillaban los rieles del tranvía, extendidos paralelamente y muy próximos, pero sin coincidir jamás, como muchas almas mal casadas. Allá lejos quedaban su amor, sus ilusiones más preciadas; pero el Destino disponía los acontecimientos de otro modo y Claudio Antúnez siguió andando...

Decía Napoleón, que el hombre dominado completamente por una hembra, ni es hombre ni es nada: sin duda Napoleón había olvidado que la Gloria, por quien tanto luchó, tenía nombre de mujer...

## XI

Como no tenían otro medio de verse, la obscura explanada de Cuatro-Caminos substituyó a la alcobita de Antonia Carrasco: y así se alegraron, porque la soledad del lugar, la dureza del suelo convertido en tálamo, y los peligros que consigo traían aparejados tan arriscadas citas, embellecían con el sabroso pique de lo raro y de lo nuevo.

Aquellas horas de espera que Claudio entretenía fantaseando, eran interminables; las oía sonar en el reloj del inmediato convento, luego las



melancólicas campanadas repercutían rítmicamente en los campos silenciosos, y escuchándolas parecía que el cielo era un inmenso filtro por cuyo agujero central la eternidad dejaba escapar el tiempo reducido a gotas.

Siempre percibía los mismos ruidos, idéntico paisaje: a un lado, la carretera, serpeando bajo un tenue resplandor nimbado: al opuesto, las negruras de los campos sembrados de cebada y centeno que conducen al Hipódromo y al Canal, sumidos en tinieblas, como si hubiesen derramado sobre ellos un océano de tinta negra; al otro extremo, del lado de Madrid, algunas casitas blanqueando a la luz de las estrellas; pasos lejanos de caminantes invisibles que se alejaban tosiendo y arrastrando los pies; gallos que anunciaban con su canto la proximidad de un nuevo amanecer; y a pocos metros delante de él, los tres hotelitos iluminados por el mortecino resplandor de un farol, silenciosos, como aletargados en un perezoso nirvana por el monótono susurrar de la brisa entre los árboles.

Muchas noches Claudio tenía que contentarse con el billetito amoroso que Punto-Negro escondía bajo el ladrillo, o con hablarla por la reja; pero otras, las menos, porque el trance era difícil y Satanás no siempre estaba de humor, ella salía a renovar su pasión sobre la hierba, aspirando los perfumes enervantes de las flores y el vaho caliginoso del suelo agostado; hablándose con voz muy queda, pareciéndoles que sus adúlteros juramentos crecían al salir de sus labios, resonando en la extensión de los campos como una caja sonora; saciando en estrecho abrazo sus deseos y poseyéndose rabiosamente, sabiendo que tras aquellos minutos de placer vendrían horas inacabables de lánguida soltería.

Cuando Matilde Landaluce hallaba medio de

salir, escribía a Claudio, citándole en casa de Antonia, la irremplazable sobajaña de sus tormentos amoríos, o iba a buscarle a su estudio: subía de prisa, deseando aprovechar aquellas horas fugaces de libertad, alentando fuerte, porque sus carnes y la excesiva longitud de la escalera parecían confabularse para sofocarla, y levantando un huracán con su abanico y el ruido de sus faldas, el taconeo de sus zapatitos de charol, el ris-ras de sus piernas rozando el volante almidonado de la enagua, y finalmente, el ruidito de las pulseras entrechocándose y los encajes del cuello y el corpiño de seda... todo ello sonando a compás; siguiendo el rítmico contoneo del cuerpecito. Claudio Antúñez la sentía antes de verla, experimentaba un calofrío extraño, se le alteraba el pulso, los oídos le zumbaban con hervor sordo, como si la sangre hubiese encontrado una ventanilla rota y se precipitase por allí; dejaba de pintar y permanecía retrepado en su elevado banquillo, acechando aquel ruido que crecía. Cuando Matilde llegaba al piso tercero, que era el último de la casa, y empezaba a subir la escalerilla de madera que conducía al estudio, ya no era posible dudar: era ella que llegaba emocionada y jadeante, llenándolo todo, haciendo crujir el seco maderamen de los peldaños. Entonces la pasión de Claudio tocaba a somatén; tiraba los pinceles y corría a la puerta, y, después de abrirla, abría los brazos para recibir a Punto-Negro, que se dejaba estrechar inerte, cual si ya no pudiera sostenerse en pie.

—¡ Punto-Negro de mi alma!...

—¡ Chico, qué bien!...

Y oprimiéndola contra su pecho la conducía al sofá y la acomodaba sobre sus rodillas, secándola el sudor, desembarazándola de los objetos que había comprado para justificar ante su familia su escapatoria, ayudándola a quitarse los guantes,



dándola azotes, mordiscándola los morritos como queriendo hacer pepitoria de su cuerpo...

A despecho de los recursos empleados por Punto-Negro para suavizar las asperezas que iba ofreciendo el carácter de Claudio, éste seguía dominado por la venenosa obsesión de los celos, revelando en la fijeza de su mirada la inmutabilidad de su pensamiento, siempre concatenado a la misma idea. Aquella preocupación era tan inmensa que le incapacitaba para el trabajo, y entonces se iba de paseo, procurando tonificar su espíritu con duchas sensoriales. Por las calles caminaba acosado por la preocupación que le obligó a salir del estudio y que parecía ir a su lado murmurándole al oído la misma canción: todas las mujeres jóvenes le recordaban a Matilde; ésta por su manera de andar, aquélla por el color de sus vestidos, la otra por su estatura... y así su indócil fantasía relacionaba con tan maravillosos artificios los conceptos más disparejos, que luego no sabía qué idea pudo servir de matriz a aquellas sofisticas remembranzas de su memoria.

Estas hipermenesias cerebrales eran seguidas de largos períodos de postración: el pensamiento se esfumaba en el vacío recordando a Matilde, no en puntos concretos de lugar o de tiempo, sino abstractamente, desligada de cuanto no fuese ella misma, flotando ante sus ojos como un ser ideal que no existiese, seduciéndole con sus hechizos y desesperándole con sus infidelidades de mujer casada. Únicamente hallaba alivio entre sus amigos, quienes, ignorantes de sus penas, le hablaban de asuntos diversos, obligándole a discutir; entonces sacudía el quebranto de su espíritu y peroraba apasionadamente, comprendiendo que sólo estas disputas aplacarían al truculento combate que sostenía consigo mismo. Por las noches se acostaba con el recuerdo de Punto-Negro como un niño con

su primera muñeca: se la fingía sentada al borde del lecho, hablándole del porvenir, o dormida a su lado, con el pelo extendido sobre la almohada y la fresca boquirrita entreabierta, intranquila y serriota, cual si continuase satisfaciendo en sueños su eterno afán de discutir; su cerebro experimentaba los primeros delirios del insomnio, y seguro de que sólo la muerte vencería lo que el amor de Punto-Negro no supo allanar, y de que Pablo era su único enemigo redujo la cuestión de su intranquilidad a este sencillo dilema: él o yo... Mas no vaciló entre los términos de tal disyuntiva, y optando el asesinato al suicidio, prefirió el golpe con que se mata al golpe con que se muere: todo se reducía a envasar seis dedos de acero en el cuerpo de Pablo Estrada.

—Le doy una puñalada—pensaba Claudio—, y así ella queda viuda y libre, por tanto, para fugarse al infierno conmigo.

Cuanto más vivía en él este pensamiento más necesario se le antojaba a su bienestar, tanto, que con criminal sosiego, empezó a darse trazas para buscarle a su empresa feliz término y remate. Y así continuó durante varias noches, pasteando obstáculos, y perfilando detalles, hasta tropezar con un imposible que le disuadió de sus torcidas cábalas. ¿Qué adelantaba deshaciéndose de Pablo si las liviandades pretéritas de Punto-Negro quedaban allí, indestructibles, torturándole siempre que su celosa inquietud las retraía a su memoria...? Todos los amantes confesados por Matilde murieron y ella no tenía que guardarse de ninguno, porque cada cual bajó a su tumba el misterio de su pasión. Pero, ¿les había olvidado ella...? ¿No quedaban todos en su cerebro, inmortales bajo el poético velo que cubre como milagroso cristal, a los sucesos y a los hombres que fueron...? ¿Para qué matar al marido, si luego su



recuerdo aumentaría al de los rivales difuntos y su tortura sería mayor...?

Entonces empezó a rebuscar el remedio de romper con Matilde o de quererla tan ciegameamente que se lo perdonase todo, y en lo sucesivo le parecería dechado de perfecciones femeninas y clarísimo espejo de amor y de virtud. Y, discurrendo así, pensó algo que venía a ser la compensación de lo que antes imaginara, pues en vez de restarle a la sociedad un hombre, matando a Pablo Estrada, decidió multiplicarla engendrando en Matilde Landaluce un hijo que les uniese con nuevas y perdurables ligaduras.

No era el proyecto de fácil ejecución, pues las amorosas entrañas de Punto-Negro parecían infecundas desde hacía muchos años. De su matrimonio con Antonio Santero, tuvo un niño, pero el parto se presentó en pésimas condiciones, y como la vida de la madre peligrase, el médico tuvo que sacrificar al hijo, apretándole la cabeza entre los dedos. Aquella operación y el efecto que en el delicado espíritu de Matilde Landaluce produjo la visión de aquel yerto, descoyuntado y sangriento despojo de su amor, fué tan violenta, que no volvió a ofrecer síntomas de embarazo, y permaneció infecunda, sin que sus pasiones ulteriores tuviesen virtud suficiente para despertar el marasmo de sus entrañas.

En todo esto pensó Antúnez, y después de bien vistos y meditados los motivos que facilitaban su paternidad, convino en que, dado el vigoroso temperamento de Matilde y los años transcurridos desde el parto, sus ovarios habrían recordado su antigua tonacidad y seguramente aquel cuerpo tan bonito que parecía estéril, podría reverdecer y dar nuevos frutos de amor y de felicidad.

El pintor quedó admirado de su descubrimien-

to, y aquella noche se lo confió a Punto-Negro; hablaron muy poco, aplazando tan sabrosa conversación para la primera entrevista que tuviesen en Madrid; y como transcurrieron varios días sin que Matilde pudiese realizar una escapatoria, la joven tuvo tiempo de aficionarse a la idea de ser madre. Aquel noble anhelo de hacer fecundo su amor, prestó a su cita novedad encantadora.

—Yo quiero que nuestro hijo sea niña — dijo Claudio.

—O niño, tontín, ¿qué más da...?

—No, niña, niña—repitió el pintor—, para que se parezca a ti.

Ella quería que se pareciese a Claudio en los ojos, pero que fuese rubia: Antúnez la deseaba trigueña.

—Siendo rubita — argüía Punto-Negro—, tendrá más de ángel que su madre; ya sabes que a los ángeles siempre los pintan rubios.

Luego discutieron el nombre con que habían de bautizarla, los trajecillos que más favorecían la bonitura de la niña y hasta las condiciones del hombre con quien habían de casarla, cuando fuese una linda moza con mucho garabato en el ingenio y en su personita, y ellos dos abueletes que sólo pensasen en salir por las calles a tomar el sol, cogidos del brazo... De todo hablaron con infantil llaneza, como si el embarazo de la joven fuese un hecho comprobado, y ella no estuviese sometida a los caprichos de Pablo, su esposo y señor natural.

Con estas halagüeñas esperanzas de redención entretuvieron la última decena de julio y gran parte de agosto; pero también aquella conversación quedó agotada, y como no aportó ninguna solución positiva al conflicto en que sus corazones estaban engarzados, la realidad venció a la ficción y los celos retoñaron en Claudio. Esta obse-



sión provenía del cansancio mental, causado por excesos imaginativos y abusos sensuales. Claudio Antúnez, a pesar de su vigoroso temperamento, estaba muy gastado por la funesta trinidad que esterilizaba las aptitudes de tantos artistas: el vino, las mujeres y el trabajo: había bebido mucho, excitando la potencia de su nervioso organismo con el alcohol, y amado hasta la hartura, sintiendo por la hembra como Byron, quien deseaba que todas las mujeres tuviesen una boca, para besarlas y regodearse con todas de una sola vez; y había luchado más que bebió y amó, forzado por sus necesidades y su afán de gloria.

En la vida azarosa de los escritores y artistas, el público sólo estima las obras sobresalientes, aquellas que parecieron conquistar, por sí solas, la inmortalidad para su autor; y lo ignorado, la labor inmensa que el genio realizó en la sombra durante muchos años de amarguísima brega, el libro que no se vendió, el artículo que ningún periódico quiso publicar por atentatorio a su alambicado criterio, el drama que no llegó a representarse, los versos que quedaron inéditos, el cuadro que no se pintó por falta de tiempo o el que, después de pintado, quedó sin vender, todas las miserias innumerables que forman el avinagrado calvario artístico, pasan desapercibidas, como tentativas baladíes de principiante. El escritor triunfa publicando un libro o estrenando un drama, y el vulgo cree que aquél es su primer drama, su primer libro, y únicamente extraña que haya vendido tan viejo... No recuerda el agrio camino recorrido por aquel genio negado por la ambición, la indiferencia o la envidia; ni las angustiosas estrecheces económicas de aquel hombre que luchaba simultáneamente por la vida y por la fama; ni sus horas de mortal desmayo...

Claudio Antúnez sufría la melancólica postra-

ción consiguiente a una lucha incesante de doce años, y esto influyó mucho en la pasión que le inspiraron las maruserías y saladísimos discretos de Punto-Negro, a quien su cariño metamorfoseó en musa inspiradora; siendo lo más famoso de este trueque o fusión, que su descompuesto magín, andando por ignorados caminos y aperci biendo series misteriosas de retorcidas alegaciones, consiguió hermanar tan perfectamente a la mujer con el arte, que Matildita Landaluce llegó a simbolizar el arte puro, la fuente de toda inspiración y de todo deseo. Y lo más extraordinario fué, que cuando los celos empezaron a entenebrecer las alegres perspectivas de su pasión, convirtiéndola en desconfiada y vidriosa, la quiso a regañadientes, porque aquel amor era una debilidad de su corazón y se le derramaba involuntariamente del palpitante vaso, como se orinan sin querer los que tienen relajado el esfínter uretral.

Las nefandas consecuencias de su juventud dispendiosa, llegaron en tropel: sin causa aparente, su imaginación concebía ideas estrafalarias, asuntos disparatados, figurones monstruosos que Claudio se complacía en pintar, según decía, para solazarse y que acusaban un verdadero decadentismo; otras, animado por la conversación de sus amigos, hablaba elocuentemente, y en sus ratos de soledad, cuando no sabía qué hacer, coqueteaba con el arte de Verdi, poniendo entre las líneas del pentagrama tonadillas extrañas.

De estas genialidades llegó a apercibirse la sagaz y escrutadora mente de Matilde Landaluce, y aunque no entendía un pitoche de medicina, bien se la alcanzaba que muchas dolencias tienen su fundamento en los ascendientes del enfermo; con este pensamiento empezó a repasar escrupulosamente la historia del pintor, retrocediendo hasta llegar a sus padres. Entonces recordó los



fatales antecedentes patogénicos de Claudio, las miserias de su bohemia artística, sus días sin pan, sus noches sin luz y con frío, sus esfuerzos para abrirse camino y triunfar, sus orgías cuando la veleidosa fortuna empezó a empujarle y pudo satisfacer con dinero su afición al holgorio, las enfermedades vergonzosas que padeció y de las cuales conservaba inextinguibles reliquias; todo aquello, en fin, que el enamorado pintor cordobés la confesó en horas de dulce expansión, mientras ella le excitaba a hablar prometiendo referirle antiguos y sabrosos secretillos.

El genio de Claudio Antúnez declinaba. El cuadro de Dante había adelantado muy poco: todo estaba concluido menos la figura del ángel de la fama, para cuya ejecución encontraba Claudio obstáculos invencibles. Primero lo pintó ajustándose al arquetipo femenino que inspiró sus primeras creaciones, hasta que la fortaleza de su amor empañó su ideal de pelo rubio y ojos verdes, hecho, según él decía, con esmeraldas y rayos de sol: después, aquella figura fué emborronándose, los cabellos se tornaron castaños, luego negros, como los ojos; y el cutis, formado de leche y carmín, perdió su nacarado color primitivo, resultando de todo ello un tipo mixto, nacido de la compenetración del ideal antiguo con el novísimo, pero que no llegaba a satisfacerle. En cambio avaloró con briosas pinceladas ciertos detalles que antes le parecían bien: dió mayor serenidad a la venerable cabeza del poeta florentino, más idealidad a Beatriz, mayor esbeltez al cuerpo de aquella pantera que brincaba hacia dentro; y después de tenerlo todo muy bien concluido y retocado, volvió a tropezarse con la figura de aquel ángel que no sabía pintar y delante del cual permanecía absorto, reconociendo la impotencia de su genio decadente, corriendo en pos

de su ideal sin alcanzarlo nunca, como Ulises, tras las costas de Itaca.

Cuando Matilde iba a verle al estudio, Claudio Antúnez la explicaba prolijamente aquellas enrevesadas crisis de su aspiración y su falta de trabajo, que profetizaba una crisis económica cercana... Era la primera vez que Claudio hablaba de negocios a su querida, y lo hizo con tono grave y reposado, como hombre a quien los azares de la vida preocupan hondamente.

—Y entonces, ¿qué haces ahora?

—Me divierto en pintar tonterías; pero por mero pasatiempo, sin idea de lucrarme con ellas...

La condujo a la habitación inmediata, donde guardaba varios lienzos que parecían copias de Ribera; brujas retorciéndose en lúbrica danza, volteado en loco aquelarre alrededor de una figura enigmática; demonios de ojos brillantes y cuernos retorcidos, riendo sardónicamente y mostrando en la obscuridad su doble hilera de dientes blancos y agudos; espectros sin nombre ni clasificación posible, flotando sobre un fondo tenebroso; todo ello ejecutado de prisa, nerviosamente, con una especie de delirio trágico.

El desarreglo mental de Claudio llegó a ofrecer caracteres patológicos indiscutibles. La locura tarda mucho en manifestarse, pero ya iniciada, crece rápidamente, destruyendo los complejos resortes que regulan las actividades sensitiva y razonadora de la red nerviosa; es una especie de tela de araña que aprisiona a los órganos encefálicos, paralizándolos o dificultando sus movimientos, deformándolos, atrofiándolos, cual si el demonio del vértigo babease sobre la razón sus delirios, para perturbarla y arrastrarla tras sí, unciada al carro de sus quimeras.

La locura del pintor empezó por una idea fija, como la inmensa mayoría de las perturbaciones



psíquicas: indudablemente su cerebro, dados sus antecedentes patogénicos, estaba dispuesto a la neurosis, y como las causas eficientes de aquel desarreglo continuaban, tanto más poderosas cuando mayor era el incremento que la belleza y engatusadores hechizos de Punto-Negro adquirían sobre Claudio, los efectos aumentaban en la misma desoladora proporción, acarreado muchas y muy graves complicaciones. La piedra angular donde la locura cimenta sus variadísimos andamiajes, es la idea fija; las ideas fijas son las carcomas que destruyen las milagrosas retortas en que el pensamiento se elabora los animáculos invisibles que barrenan el cerebro, desorganizándolo y consumiendo sus energías en cavilaciones estériles.

La obsesión celosa fué el motivo inmediato de la locura del pintor, sin que por eso pudiera asegurarse que enloqueció de celos; la primera expresión concreta del nefando sedimento que en su cerebro depositaron los desconciertos juveniles; la prístina manifestación donde las revueltas ideas y pasiones que inquietaban sus nervios se cristalizaron. Aquella neurosis provocó otras muchas que surgieron rápidamente, como si las unas tirasen de las otras hasta formar una aterradora falange de manías, augures siniestros de la locura; la enfermedad más trágica de cuantas consigna la patología en su largo catálogo de dolores humanos.

En el cerebro de Claudio Antúnez ocurrió un fenómeno semejante al que sucede en la olla de agua fría puesta al fuego. Este empieza a caldear las paredes del recipiente, luego, las capas líquidas inferiores, dilatándose, inician pequeñas corrientes ascendentes, que a su vez determinan otras descendentes de agua más fría; este ir y venir de moléculas líquidas, bajando unas, subiendo otras, en virtud de la ley del equilibrio

movible de temperatura, es solapado, invisible, se efectúa sin manifestaciones exteriores, y esa agitación misteriosa continúa hasta que la calefacción alcanza cierto grado y del fondo de la masa líquida asciende a la superficie la primera burbuja: aquel globito de aire que sube presuroso, caracoleando, retorciéndose sobre sí mismo como el hierro de un sacacorchos, para estallar no bien toca la atmósfera, es la señal de una alegre germinación de burbujas que trepan en sonora y tumultuosa behetría según la temperatura aumenta, hasta producir en la superficie del líquido, antes tranquilo, un pequeño oleaje: dijérase que todas estaban allí desde el principio, adheridas a las paredes de la vasija, y bastó que una más atrevida se lanzase hacia arriba, para que las otras ascendiesen también, imitando su ejemplo. La ebullición empezó cuando la olla fué puesta al fuego, y, sin embargo, ¡cuánto tiempo transcurrió desde aquel momento hasta que brotó la primera burbuja, si la comparamos con el que luego invirtió la masa líquida en transformarse en fecundo y bullicioso hervidero...!

Así fué la locura de Claudio; doce años necesitó para lanzar su primera manifestación, su burbuja matriz; pero después los casos de neurosis se multiplicaron, como inacabable manantial de delirio: primero la obsesión celosa; luego, la hipernesia de sus facultades oratorias, que se traducía en una verbosidad infatigable, llena de retruécanos y de imágenes brillantes; sus aficiones grafómanas y musicales, sus crisis lascivas, que le dejaban extenuado y afásico, balbuceando como un niño, y la degeneración de un buen gusto artístico; neurosis todas que cayeron sobre su razón mordiscándola, desgarrándola, como hormigas hambrientas que se reparten una presa fresca y palpitante.